

Chartier, Roger. *La construcción estética de la realidad: Vagabundos y pícaros en la Edad Moderna*. Tiempos Modernos. Revista electrónica de Historia Moderna, Vol. 3, No. 7 (2002).

Raúl Orlando García Castillo
Escuela de Historia
Universidad de Los Andes, Mérida, Venezuela.
[raul.vaneiten@gmail.com]

En la escritura del historiador francés Roger Chartier, ampliamente conocido por sus estudios y producciones académicas en el ámbito de la Historia de la Cultura, convergen dos elementos que parecieran caracterizar su práctica investigativa: la sensibilidad del escritor enamorado de la época que estudia, y la rigurosidad y sistematicidad del historiador. Perteneciente a la cuarta generación de la Escuela de Annales, Chartier sugiere el concepto de *representación* como más comprensivo que la noción clásica de *mentalidad*, para pensar las diversas relaciones que los individuos o los grupos mantienen con el mundo social. Su extensa obra gira en torno a la lectura de los procesos culturales con base en el análisis de lo literario y sus representaciones, la historia del libro y su influencia en la producción de la realidad social. Se subraya la importancia de comprender a la obra escrita como poseedora de su propia entidad y de una lógica que es la de su cohesión, la de su encuadernación. Frente a esta dimensión, se señala la existencia de otra lógica, la de la discriminación del texto, la de su fragmentación; todo ello circunscrito dentro de la dinámica de las formas de su circulación. Chartier se interesa por la posibilidad de acercamiento del lector a la totalidad textual y la reinserción de fragmentos en nuevas antologías, en las nuevas tecnologías y los diversos soportes del texto, y por el proceso de la enseñanza.

En *La construcción estética de la realidad: Vagabundos y pícaros en la Edad Moderna*, Chartier rescata una dimensión inadvertida en relación a la literatura picaresca producida en la Francia del siglo XVII. Su artículo nos invita a adentrarnos en la problemática de las representaciones estéticas presentes en novelas como el *Buscón* de Quevedo, y su influencia en la re-codificación y re-significación de ciertos grupos sociales en crecimiento para la época (vagabundos, mendigos, ladrones), cuya construcción social es, según el autor, concebida equívocamente por algunos historiadores como al borde de lo escritural. Según Chartier, las representaciones literarias de la picaresca francesa permitieron dotar a esos grupos marginados de coherencia y significación para otros grupos sociales, promocionando su aceptación y, por ende, transformando su realidad social.

El artículo de Chartier recorre la trayectoria editorial -tanto las ediciones y reediciones, como las traducciones y adaptaciones- de una serie de obras por cuyo intermedio, pícaros, mendigos y ladrones, entraron en la escena literaria francesa del siglo XVII; historiografía que retrata la experiencia colectiva en torno a la creciente presencia de grupos marginados en las sociedades europeas, pero que no se limitó solo a las

representaciones textuales de estas evoluciones sociales, sino que al proponer esquemas de descripción y clasificación de esos grupos utilizando como referente la organización monárquica existente, esta escritura puede ser entendida en términos de la ficción aportando para la construcción de lo real. Entre las numerosas obras literarias objeto de análisis, destaquemos: *La Vie génèreuse des mercelots, gueux et boesmiens*, publicada en Lyon en 1596 y reeditada en Troyes en 1627, y *Le Jargon, ou Langage de l'Argot Réformé*, publicada en Troyes en 1629. Ambas obras permitían a sus lectores acceder a un diccionario del “jargón” o “argot”, la jerga de los mendigos y vagabundos. Son textos contentivos de figuras provenientes del mundo de la marginalidad, de “ladrones de la noche”, falsos mutilados y falsos enfermos, que habitaban en refugios como la llamada «*Cour des Miracles*» o Corte de los Milagros ubicada detrás del convento de las Fille-Dieu, cerca del cementerio de los Saints-Innocents, en fin, lugares de la alteridad que atraían la conciencia inquieta de los lectores. El éxito editorial de estas obras lleva a Chartier a interrogarse sobre el por qué de esa atracción por parte de un público tan amplio desde el siglo XVII. También forma parte de su artículo, el análisis de las traducciones de obras como el *Buscón* de Quevedo, publicado en 1633, y que entra dentro del repertorio francés del cordel en 1657; o traducciones de traducciones, como es el caso del *Il Vagabondo* de Giacinto de Nobili, publicado en italiano en 1621, y traducido al francés en 1644. Las obras traducidas, según advierte nuestro autor, sufren una serie de desplazamientos lingüísticos (imaginemos el traslado del castellano cojuelo del *Buscón* al idioma francés, la transición de la compleja polifonía propuesta por la picaresca al registro de la carnavalización, de lo burlesco), estéticos y editoriales. Su revisión -y en el caso del *Buscón*, su depuración- obedece a la necesidad de conformar el texto a las exigencias de la censura monárquica, lo que evidencia el creciente monopolio de las autoridades o de los dominantes en el siglo XVII sobre la construcción de la realidad social, puesto que de su aceptación o rechazo de las representaciones propuestas sobre un grupo social dependía, en alguna medida, la existencia social del mismo. Otro aspecto de las traducciones es que al estar destinadas en algunos casos a los lectores más populares, se imponía adecuarlas a sus competencias.

En síntesis, podríamos pensar que las representaciones estéticas propuestas por la literatura de la picaresca francesa no son reflejo ni expresión de la realidad, sino lo real creado en clave estética, realización verosímil que contribuyó a la transformación de la realidad social del grupo marginado. Si bien los archivos de la época escasamente recogen sus palabras, la presencia creciente de este grupo y su incrustación en el tejido social llevó a diversos autores a realizar su reconstrucción estética con base en fragmentos de la realidad, dándose paso a la producción de una compleja red de relaciones que condujo a la entrada de vagabundos y pícaros al mundo moderno europeo, por intermedio de la literatura de la marginalidad. Las obras estéticas que conforman este tipo de literatura de amplia difusión en la época, -y que, entre veras y burlas, permitieron acceder a los lectores más populares a “el placer de descubrir la experiencia cotidiana como invención”- (pág. 14), están lejos de ser consideradas por Chartier como meros documentos del pasado. Son textos que siguen, aún en el presente, dibujando en el rostro de sus lectores un guiño de complicidad hacia los vagabundos marginados del siglo XVII.